Salamanca, una ciudad expoliada, destruida y ocupada en las Guerras Peninsulares 1808--1813

Emilio Martin Serna

Salamanca en el periodo 1808 a 1813, fue una ciudad de paso, donde distintas fuerzas militares, se asentaron durante diversos periodos de tiempo. La presencia francesa fundamentalmente va a afectar a amplias zonas de la parte antigua de nuestra ciudad, lo cual muchos salmantinos no conocen. Intentaremos en estas pocas páginas aproximarnos a lo que debió suponer para la indefensa población salmantina la presencia de decenas de miles de soldados a lo largo de estos 4 largos años.

Analizaremos la presencia de las fuerzas militares, su actividad llamemos “depredadora” y las destrucciones que llevaron a cabo para la fortificación de tres reductos en la parte del rio

Salamanca en 1809

Así en 1807 y como fruto del Tratado de Fontainebleau como paso hacia Portugal otra vez, llegan a partir del 9 de Noviembre los franceses, esta vez al mando del general Delaborde. Hasta unos 30.000 franceses fueron pasando por nuestra ciudad entre los días 9 y 15 de noviembre con importantes contingentes y conocidos generales como Junot.

Pero será a partir de 1808 cuando la presencia francesa se haga más estable y más difícil de aguantar por muchos salmantinos, tanto de la ciudad como de toda la provincia, aunque esa historia será para otras páginas-

Así en marzo de 1808 llegan las noticias del Motín de Aranjuez y Salamanca retira los bustos y honores que Manuel Godoy había obtenido de nuestra ciudad. A mediados de abril, pasa por nuestra ciudad la división portuguesa del general Alorna con 10.000 hombres, contingente militar que colaborará con los franceses a los largo de estas guerras peninsulares como les gusta llamar a los portugueses, o de la Independencia como les gusta llamar a los españoles. El 6 de mayo, llegan las noticias de los sucesos de Madrid del 2 y 3 de mayo, lo que provoca una gran conmoción en la ciudad, para evitar altercados, el gobernador Zayas, conminó a la Universidad para que cerrara sus puertas y terminara el curso, ordenando que a no más de 3 días los estudiantes de fuera de Salamanca abandonaran la ciudad. En este mismo mes, un convoy francés con objetos expoliados en la intervención francesa en Portugal atraviesa nuestra ciudad, provocando la indignación de los salmantinos y anticipa los acontecimientos que van a ocurrir en nuestra ciudad los cuatro años siguientes.

A mediados de junio, estalla la indignación por los acontecimientos que ocurren en la península y los desmanes que se comenta cometen los franceses. Las campanas tocaron a arrebato y el pueblo concentrado en la Plaza Mayor pide armas al gobernador, el cual junto a su mujer debe refugiarse en establecimientos eclesiásticos. Estos acontecimientos provocan la creación de una Junta, como estaba ocurriendo en numerosos lugares. La Junta Suprema Militar de Salamanca que así se denomina, está presidida por el marqués de Cerralvo D. Fernando de Aguilera, la junta ordena repartir las pocas armas que tiene en su poder, nombrando como máximo representante político en la ciudad a D. Francisco Nieto Bonal. Poca vida tendrá esta junta que contaba con representantes militares, próceres civiles y eclesiásticos, fundamentalmente por la presencia muy constante de tropas francesas en los siguientes años.

Los salmantinos en estos momentos de euforia y a salvo de cualquier presencia extranjera apoyan al nuevo monarca Fernando VII, frente al ejército francés, el ambiente urbano era de gran exaltación con corrillo y comentarios constantes en casas y plazas. Se comienzan a tomar precauciones frente a un francés que no se sabe muy bien donde está, así se cierran todas las puertas de la muralla salvo 4 que serían constantemente vigiladas, a menudo incluso por clérigos. A mediados de julio, la Junta da órdenes para el alistamiento de los salmantinos para hacer frente al poderoso ejército de Napoleón. Más de 1000 hombres se inscriben en estos momentos y la euforia es general. En este clima de euforia fernandina y anti francés, entran en nuestra ciudad el 4 de julio las tropas españolas comandadas por los generales Cuesta, Eguía y el marqués de Zayas, que habían sido derrotadas en Rioseco. Pero casi al tiempo llegan noticias de la gran victoria de Bailen, conseguida por las tropas españolas, lo que provoca gran alegría y entusiasmo

En la primera quincena de noviembre, son esta vez las tropas anglo portuguesas del general Moore las que desde la frontera portuguesa y tras pasar por C.Rodrigo (grabado inferior) se dirigieron a Salamanca, donde su vanguardia llegó el día 13.

Las tropas conformadas por un contingente de 20.000 hombres se asentaron en la ciudad hasta mediados de diciembre, en cuyo plazo de tiempo se le unieron otras tropas españolas, abandonando la ciudad entre los días 10 y 12 de siembre.

Pero será un mes después, cuando Salamanca sufrirá su primera gran ocupación militar francesa, así el **16 de enero de 1809**, los franceses solicitan al corregidor salamantino, la sumisión de la ciudad, mostrándole determinadas proclamas que suponen la aceptación del mandato de José I. Al día siguiente comienzan a entrar las tropas en nuestra ciudad al mando del general Monpetit , que al poco tiempo instala su cuartel general en el Palacio de Garcigrande (sede de la actual Caja Duero).Al mismo tiempo el general francés exige la entrega de todas las armas existentes en la ciudad, imponiendo así mismo tributos, confiscaciones de calzados, tejidos y más de 2000 colchones para los hospitales que se iban a poner en marcha en la ciudad. Estas exigencias francesas inauguran el expolio al que la ciudad se va a ver sometida en los cuatro próximos años .Así mismo como va a suceder en los siguientes años, los salmantinos tendrían la obligación de acoger en sus casas a los militares franceses. La rapiña no dejó ningún rincón de nuestra ciudad sin recorrer, así señala Zaonero, en su crónica de Salamanca desde 1796 y hasta 1812 : ” Robaron tanto y en todas partes, que en la plaza de la verdura vendían muebles y alhajas de casas y templos”. Este pillaje inauguraba una corriente, que todas las tropas van a seguir en nuestra ciudad hasta mayo de 1813 en que lo realizaran las tropas de Wellington..Podemos hablar de cuatro años de continuo expolio y destrucción que nos dejará una ciudad muy diferente al final del conflicto bélico. Diferente tras las numerosas destrucciones de importantes monasterios y colegios, como luego veremos y diferente también por la pérdida de un importante patrimonio artístico reunido durante siglos de Historia y que desapareció de nuestra ciudad.

El 24 de enero salieron tropas para sitiar C. Rodrigo (más información en esta misma página Web), pero en lo referente a la ciudad y en los siguientes meses, los franceses construyeron diversas dependencias, siendo la ciudad un ir y venir de tropas, como las divisiones de Mortier en abril o las de Soult y Ney posteriormente.

También a partir de agosto y ante la ausencia de tropas francesas, van a aparecer por nuestra ciudad partidas de guerrilleros, como la del Empecinado el 2 de agosto. Pero esta situación termina cuando a mediados de ese mes de agosto vuelven importantes contingentes de franceses y con estas tropas el control de las autoridades francesas. Los franceses deciden no tanto el fortificar la ciudad, como el tener una fortificación que en caso necesario les defendiera a ello de los ataques exteriores. Así se pone en marcha el decreto de 18 de agosto de ese año 1809 por el cual se aprueba la disolución de las órdenes regulares eclesiásticas, lo que abrió el inventario de sus propiedades y la continuación de los robos y el

inicio de la destrucción de conventos. La marcha del mariscal Ney deja como dueño absoluto de la ciudad al general Marchand quien se enfrentará a las tropas del Duque del Parque el 18 de octubre en Tamames, la victoria española sobre las tropas francesas, obliga al ejercito de Napoleón a abandonar apresuradamente nuestra ciudad, llevándose todo lo que pueden ,perseguido por las tropas del Duque del Parque que entra en Salamanca una semana después en medio de la alegría y el alborozo salmantino. Las tropas españolas se agrupan en nuestra ciudad en número de unos 30.000 y una vez agrupados en los primeros días de noviembre, abandonan la ciudad con multitud de objetos suntuarios y obras de arte, para ponerlos a salvo de la rapiña francesa; obras de arte de las que podemos decir en general que nunca más se supo de ellas en nuestra ciudad.

El día 6 de noviembre un día después de ver marchar numerosos tesoros artísticos salmantinos entran de nuevo en la ciudad las tropas francesas con el general Kellerman al frente, este contingente en los 13 días de presencia en nuestra ciudad siguió quitando a los salmantinos todo lo que encontraba de valor a su paso.

El 28 de noviembre, tiene lugar la batalla de Alba de Tormes, la derrota de los españoles vuelve a situar en nuestra ciudad a importantes contingentes militares franceses, esta vez dirigidos por el mariscal Ney.

Entramos en 1810, siguiendo nuestra narración y el despojo y destrucción salmantinos. A lo largo del mes de enero el mariscal Ney , que tanto discrepará luego de Massena sobre la actitud a tomar frente a C. Rodrigo, encarcela a numerosos clérigos e inicia la fortificación del alto que domina el rio y el puente y donde se asienta el convento de S. Vicente. Es Ney quien ordena la demolición de casas y edificios Públicos en los alrededores del convento, al cual dedicaremos a partir de aquí unas líneas; con la idea de crear un fortín de defensa. El objetivo era asegurar su dominio sobre la ciudad, aún cuando la campaña de Portugal les obligase a reducir sus efectivos al mínimo, y para ello considera imprescindible proporcionar a la guarnición que quedase en la plaza una protección adecuada frente a eventuales ataques de las guerrillas o de las tropas españolas, Los acontecimientos de los últimos meses de 1809 habían demostrado claramente a los generales franceses la inconsistencia del apoyo del pueblo salmantino al nuevo gobierno, cuya sumisión dependía exclusivamente de la presencia de una fuerza armada. No se trataba, pues, de defender a los ciudadanos sino de defenderse de los mismos o de sus posibles aliados y, al mismo tiempo, de poder someterlos; por consiguiente, no se plantea una fortificación de toda la ciudad , sino exclusivamente de un sector, que como consecuencia sufrirá una importante transformación urbanística para adecuarse a los nuevos requerimientos militares.

El lugar elegido fue el teso de San Vicente en el que consta que, tuvo lugar el primer asentamiento de la ciudad. Es una elevación del terreno, con vertientes cortadas -propicias para la defensa- y dominio sobre el río Tormes, ocupada ya entre los siglos VII y V a.C. Se configuró como castro celtibérico de la II Edad del Hierro, caracterizado por viviendas circulares de adobe. Hasta que en el siglo IV a.C. se pobló él conocido como, Teso de las Catedrales.

En el Teso se había construido el monasterio benedictino de San Vicente, por las inmejorables condiciones estratégicas que ofrecía su emplazamiento. Se encontraba sobre el teso de su nombre, en el extremo suroccidental del recinto amurallado, lo que permitiría poder controlar el paso del puente. El terreno formaba allí un promontorio elevado a más de sesenta pies de la ribera del Tormes en brusca pendiente, y con grandes desniveles también hacia el este y el oeste. Estas vertientes tan escarpadas habían condicionado el aprovechamiento del suelo urbano, que presentaba menor densidad de ocupación que en otras zonas, debido también a su alejamiento del centro urbano y a la presencia de la

esgueva de los Milagros, lo cual era otra ventaja. Las edificaciones aumentaban hacia el norte, con un claro predominio institucional frente a la vivienda privada, como en toda la mitad meridional.

Lo más cercano al monasterio de San Vicente era el convento femenino de Santa Ana, de su misma orden, y junto a él estaba el convento de dominicas de la Penitencia. Sus características constructivas nos son desconocidas, si bien, a juzgar por algunas reparaciones realizadas en el siglo XVIII, su estado de conservación parece que dejaba mucho que desear. A ambos lados de estos conventos había manzanas de casas, separadas por las correspondientes calles; un poco más al norte, se levantaba el colegio de los Ángeles, el de San Patricio de nobles Irlandeses, y un poco más arriba el mayor de Fonseca, dedicado a hospital general. Entre ellos se extendían las posesiones del Hospicio real, que desde 1785 había ampliado su sede original en el primitivo colegio de los jesuitas con la incorporación del edificio del colegio de la Magdalena y toda la manzana de casas que había junto a él, para instalar allí los expósitos. Todo este barrio se conocía como las "peñuelas de San Blas", denominación que alude tanto al carácter accidentado y pedregoso del terreno como a la advocación de la parroquia que lo agrupaba, una antigua iglesia románica que había sido totalmente reconstruida entre 1765 y 1770. Completaba la ocupación de esta zona el convento de San Francisco, cuyo terreno se extendía hasta el arroyo.

El monasterio de San Vicente era una de las fundaciones más antiguas. Su origen se remontaba a la Edad Media, pero su última arquitectura era fruto de reconstrucciones sucesivas tras varios incendios, hasta la conclusión de su iglesia a fines del siglo. Se organizaba en torno a un claustro de cinco arcos por pando, edificado en el siglo XVI, y tenía una escalera claustral proyectada por Ribero Rada que seguía la solución introducida por Rodrigo Gil de Ontañón en San Esteban. Las dependencias conventuales se prolongaban en un ala y formaban con la iglesia un ángulo .Su fachada, provista de pórtico inferior de cinco huecos, imitaba la del convento de San Andrés. Se trataba de una construcción sólida, de estilo bastante clásico y lo suficientemente espaciosa como para acoger con cierta comodidad a más de ochocientos hombres. De hecho había sido uno de los principales conventos donde se acuartelaron los franceses nada más entrar en Salamanca.

La fortificación del monasterio se inició a finales de 1809. Según Zaonero empezaron levantando una pared con almenas y troneras en la huerta del convento. Él mismo nos habla de la construcción en marzo del año siguiente de "una pared en forma de triángulo" ante la puerta de San Vicente, El dispositivo defensivo más importante se centró en la zona norte, por ser la más vulnerable. Desde el ángulo más saliente del convento hasta las proximidades de la puerta de San Vicente, construyeron un muro abaluartado, precedido de un gran foso, contraescarpa y antemuro, como se advierte en el plano de la sección. En el lienzo que separaba los dos baluartes, situado frente a la calle que se dirigía al monasterio, dispusieron una plataforma artillera con cuatro cañoneras.

Grabado del Salamanca con el Fuerte de S. Vicente

La entrada al fuerte desde el interior de la ciudad la colocaron a la derecha del bastión más grande, incluida dentro de un recinto cuadrado y en recodo. Desde el exterior se podía también acceder a través de la puerta de San Vicente de la antigua muralla. Para protegerla levantaron delante de la misma otra especie de baluarte y situaron la entrada en el flanco sur y en recodo. A lo largo de toda la vuelta que describía en esa zona la cerca primitiva, colocaron de manera discontinua baterías de cañones orientados al oeste y al sur; y para aislar el recinto, construyeron otro muro en la parte oriental, desde la muralla hasta el ángulo sudeste del claustro, que describía en su trazado amplios ángulos. Delante abrieron también un foso con antemuro o empalizada, que se extendía hasta otra potente pared poligonal con troneras, levantada para defender la parte nororiental de la fortaleza, construida entre ese ángulo del claustro y el pabellón saliente del convento. Allí emplazaron otros cuatro o cinco cañones desde los que controlaban prácticamente toda la mitad sur de la ciudad.

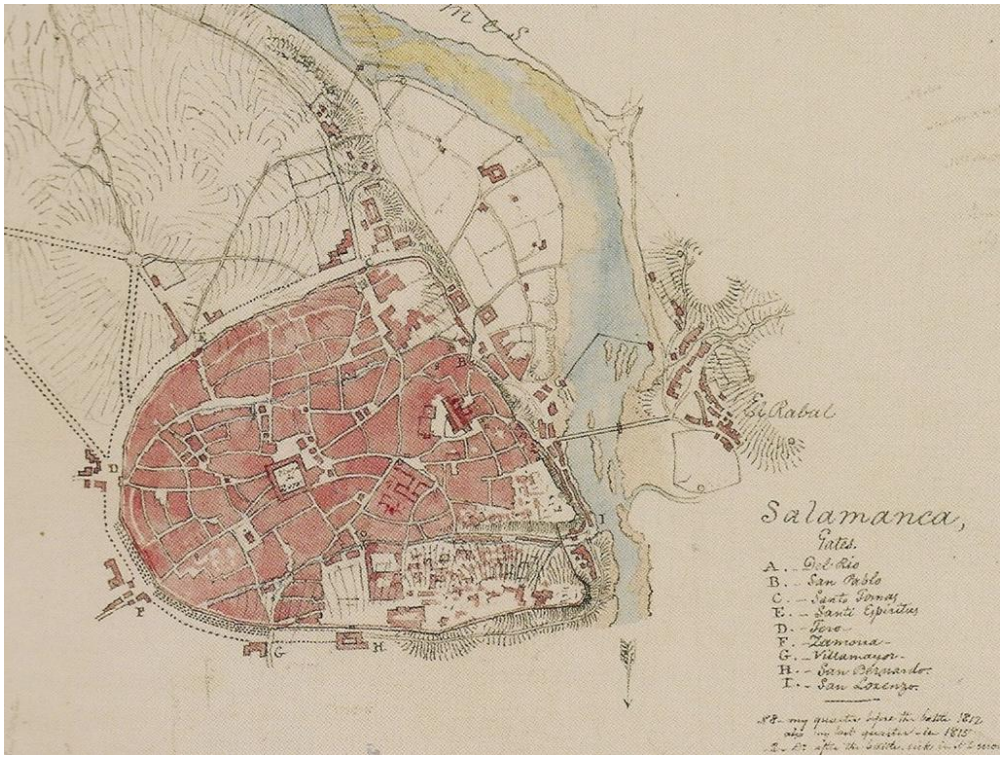
Por último, otro muro más sencillo englobaba todo el terreno que se extendía desde esta ala del convento hasta el arroyo y la puerta de los Milagros, incluyendo la huerta que había en la parte baja. Además, para mayor seguridad de los refugiados, los franceses tapiaron y aspilleraron las ventanas del convento, y parece que reforzaron también algunos de sus muros con contrafuertes.

Al frente de estos trabajos estuvieron siempre ingenieros militares, como era tradicional en Francia. Villar y Macías atribuye la dirección al ingeniero Mr. Gerard, aunque documentos de 1812 citan como tal al comandante Du Genie, que contaría con la ayuda, entre otros, del oficial de ingenieros P. de Fungol e incluso de algún español, como el arquitecto municipal D. Blas de Vegas, que se encargó con este último de tasar diversas propiedades que se fueron derribando. El mayor peso de la financiación de estas obras recayó sobre la población salmantina, que tuvo que soportar sucesivas contribuciones extraordinarias, especialmente desde marzo de 1810, para atender a las distintas necesidades del

ejército. No contentos con eso, en octubre de 1810 nos dice Zaonero que por un edicto obligaron "a todos, sin escesionar al párroco", a ir a trabajar donde mandasen durante seis días, o a pagar una compensación por librarse.

Algunos de los materiales que necesitaban los adquirieron de primera mano, como las 30 fanegas de cal que compraron a las Agustinas al empezar la obra, pero la piedra y mampostería empleada en la fortificación la obtuvieron prácticamente en su totalidad de los derribos de los edificios inmediatos, iniciando una destrucción indiscriminada en todo su contorno que se agravaría en 1812.

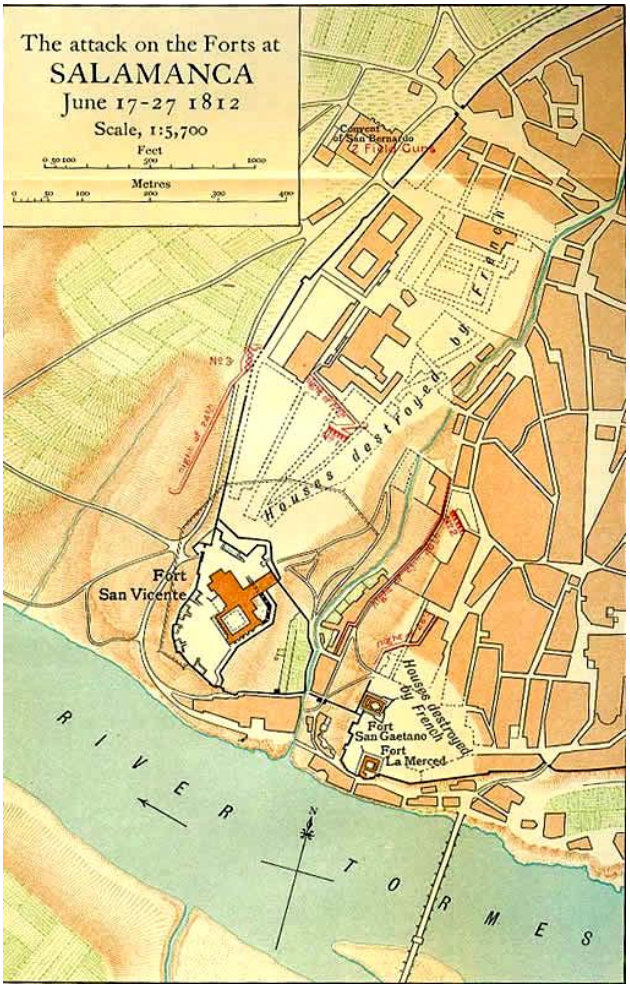
Comenzaron tirando a finales de 1809 catorce casas de la calle de Santa Ana y de la calle Larga, para aprovechar su piedra. El 20 de enero de 1810 habían derruido ya veinte y ordenaron el traslado de las monjas de Santa Ana a las Úrsulas y de las dominicas de la Penitencia a las Dueñas para proseguir el derribo con ambos conventos, que quedaron completamente arrasados. El 10 de mayo del mismo año, se ordenaba también al director del hospicio que desocupase el edificio, porque era indispensable su ruina, aunque bien por los ruegos que se hicieron al mariscal o bien porque no se necesitasen ya sus materiales, de momento no se tocó.



Plano de la época de Salamanca donde se observa en la parte inferiort el despoblado producido para las construcciones militares francesas. Con las nueve puertas

Estas destrucciones despejaron el entorno inmediato de obstáculos que pudiesen suponer un peligro para la seguridad del fuerte derribaron las paredes del camposanto construido por Tavira en las proximidades de la puerta Falsa. Para facilitar el control de la ciudad, en septiembre también empezaron a hacer una ronda interior alrededor de la muralla de algo más de cuatro metros, tirando para ello corrales, casas y todo cuanto les estorbaba. Los trabajos de fortificación de San Vicente debieron prolongarse hasta 1811

Pero una vez descrita la construcción y estructura del fuerte de S. Vicente sigamos narrando las idas y venidas del ejército francés y las numerosas penalidades que esto suponía para la población salmantina



En el plano superior de 1812, puede observarse los grandes derribos que realizaron hacia la zona del Hospicio(actual Colegio Maestro Ávila y del actual Colegio Mayor Fonseca, lo mismo que hacia la parte derecha en lo que hoy conocemos como Vaguada de la Palma

A partir del 9 febrero de 1810 comienza el ejército de Portugal como lo había llamado Napoleón a moverse hacia la frontera portuguesa. La negativa de rendición del gobernador Herrasti, (más información sobre estos acontecimientos en mi pagina web emiliomartinserna.com) hace que Ney y la mayor parte de sus tropas vuelvan a nuestra ciudad y se dedique en parte a hacer la vida más difícil a los salmantinos, al imponerles cuantiosos impuestos así como la ocupación de determinados edificios para convertirlos en hospitales de cara a la campaña del sitio de C. Rodrigo. No será hasta el 15 de mayo cuando llegue a nuestra ciudad el responsable de la ocupación de Portugal, el mariscal Massena, pero su Estado Mayor está aún en Valladolid y la visita es corta, solo para supervisar los trabajos de logística militar de cara al sitio de C. Rodrigo, tras ser informado de los mismos, vuelve a Valladolid. En Salamanca permanece Ney y durante cierto tiempo también Junot , Recordemos que la Armada de Portugal consta de 3 cuerpos de ejército, el II al mando de Raynier, se sitúa en la zona extremeña fundamentalmente, el VIII dirigido por Junot se sitúa en las provincias de Salamanca y Zamora cercano a la Frontera y el VI cuerpo que es el que se sitúa entre Salamanca y C. Rodrigo. Todos ellos dirigidos

por el Mariscal Massena. Es por esta razón que Junot y Ney se encuentran en estas fechas en Salamanca

El avance los trabajos de zapa y aproximación de baterías a las murallas mirobrigenses hace que Ney y sus tropas se vayan disponiendo en los alrededores de C. Rodrigo El ejército francés de Ney se fue distribuyendo, asentándose en Pedrotoro, La Caridad, así como en la zona de Cantarranas en la margen izda. del Águeda. Por la parte norte, frente a la zona de Conejera cercano al rio. La caballería se situó en Tenebrón y en la zona de Tamames. El camino entre Salamanca y C. Rodrigo, también se protegió con distintos destacamentos. Todo lo cual iba a suponer serios problemas de abastecimiento

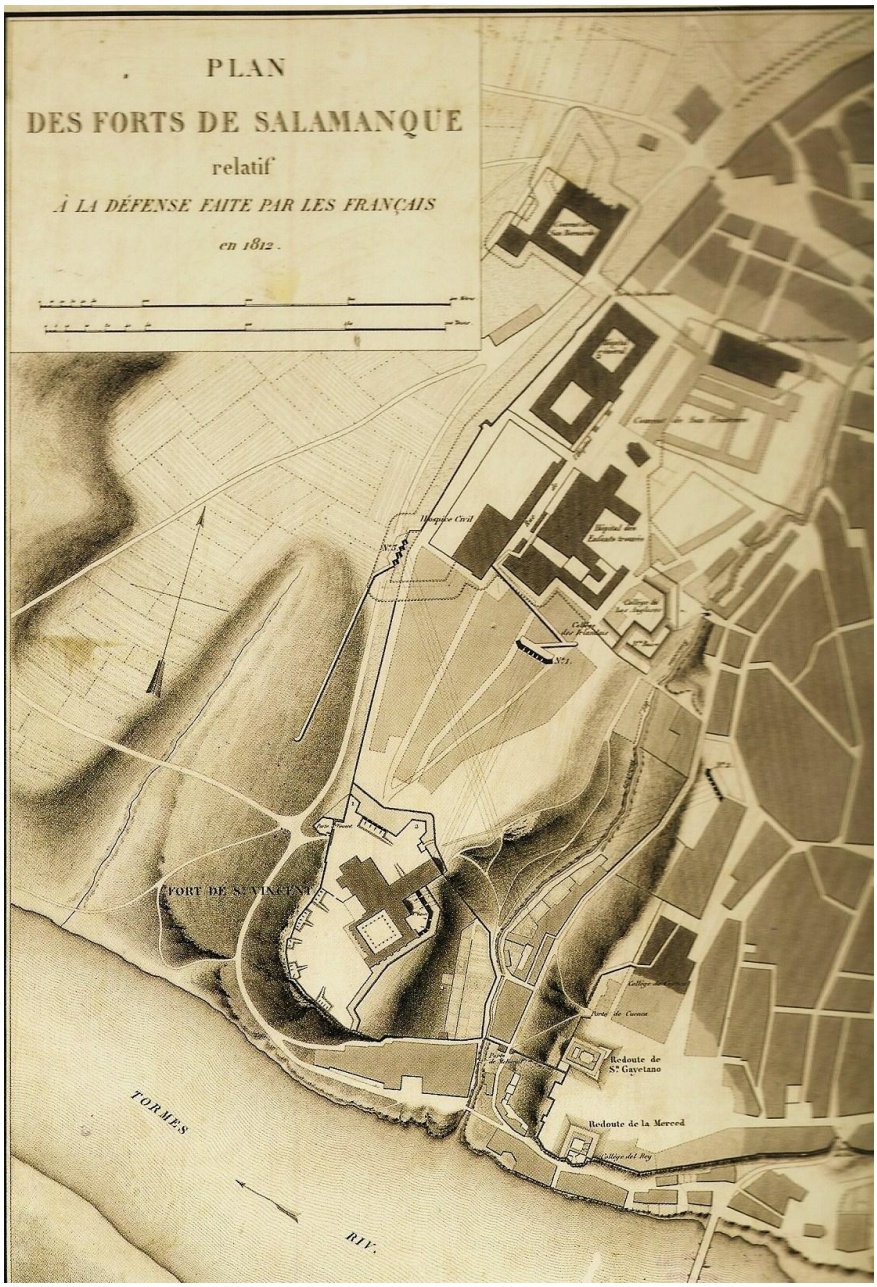
Los franceses ocuparon en Ciudad Rodrigo tras duros combates el monasterio de S. Francisco que quedó muy destruido y ocuparon también su arrabal, concluyendo pocos días después (día 8 de julio) la construcción de cuatro baterías, ya muy próximas a la ciudadela. Dos por encima de lo que conocemos como "caño del moro" a poco mas de 100 metros del lienzo de la muralla, otra en el convento de S. Francisco y una cuarta en el fondo del foso de la contraescarpa. La potencia de fuego de estas baterías destruyó las defensas en lo que conocemos como gran brecha y las bombas hicieron estallar depósitos de pólvora y destruyeron numerosos edificios. En la madrugada del 9 al 10 de julio el bombardeo se acrecentó y tras la voladura de una mina en la contraescarpa del foso (con 700 Kg. de explosivos) quedó abierta una enorme brecha, que se ensanchó con nuevos bombardeos .El camino para la ocupación de la ciudad quedaba abierto. A las cuatro de la tarde de ese día 10 de julio, Herrasti se reunió con todas las autoridades civiles y militares mirobrigenses señalando el peligro de la entrada de las tropas francesas por la fuerza lo que podía suponer tanto para la guarnición como la población el estar expuestas a ser pasada a cuchillo cuando entraran los franceses, por lo cual un oficial español salió de la fortaleza llevando una carta para Ney en la que decía:

…" Excmo. Sr. Consecuente con lo que le dije a V.E. en mi anterior oficio y habiendo cumplido ya con todos mis deberes militares según me proponía y era mi obligación estoy pronto a capitular."

El mariscal Ney en persona esperó a Herrasti al pie de la brecha eran las 6 de la tarde, obteniendo los españoles promesa de respeto a las vidas y propiedades de los asediados.

Los heridos del asedio de C. Rodrigo así como de otros enfrentamientos cercanos a nuestra ciudad inundaron los hospitales que se habían habilitado, pero también hicieron necesario un nuevo cementerio en el paraje de Villa Sandín donde se encuentra el actual cementerio salmantino de S. Carlos Borromeo.
Tras la caída de C. Rodrigo, la posterior marcha hacia Almeida y la caída de esta fortaleza portuguesa en los últimos días de agosto, el ejército francés se introduce en Portugal y la presencia francesa en nuestra ciudad disminuye.

La ciudad en estos meses se vio salpicada esporádicamente por la presencia de partidas guerrilleras, fundamentalmente la de Julián Sánchez que hostigaban a los franceses cuando estos abandonaban la ciudad para aprovisionarse de leña en los montes de encinas existentes y de los que hoy sólo Valcuebo en la carretera de Ledesma y Gargabete en la de Alba, son una muestra de los abundancia de encinas que rodeaban la ciudad. No obstante sea por este acoso o por la facilidad de conseguir la leña dentro. Lo cierto es que los franceses se nutrían también de las techumbres de madera de nuestras casas y edificios públicos, lo que siguió provocando un deterioro constante de nuestro patrimonio arquitectónico.



Plano francés de las defensas de Salamanca

Nos situamos ya en 1811, a partir de marzo, el gobernador francés Thiebault ordena mas demoliciones, esta vez van destinadas a lo que llamaríamos hoy una reorganización urbanística, se acuerda el derribo de las casas que se encontraban frente a lo que hoy conocemos como Palacio de Anaya casas comprendidas entre las calles de S. Sebastián y las Cadenas. Esta decisión va a dar lugar más o menos a lo que hoy conocemos como Plaza de Anaya. La otra idea del gobernador de abrir una calle derecha desde S. Martín a la nueva Plaza queda aplazada (muchos años después conformaría lo que conocemos hoy como calle la Rúa, ¿Quizás mantiene ese nombre por esa primitiva idea francesa?)

A partir de abril, las cosas no marchan bien en Portugal, el ejército francés está detenido ante la Línea de Torres Vedras y se inicia el repliegue hacia la frontera española. En Mayo Napoleón sustituye a Ney

y sitúa a Marmont al frente del VI cuerpo de ejército de Portugal. También, la escasez de efectivos en la guarnición de Salamanca posibilita el acoso de los guerrilleros en multitud de episodios.

A mediados de septiembre el general Dorsenne y cerca de 27.000 franceses, acampan a las afueras de la ciudad, camino de Portugal, la ciudad durante los últimos meses del año 1811 registrará poco movimiento de tropas camino de la frontera, pues en este tiempo, el ejercito anglo portugués se acerca a la frontera

En enero de 1812 cae C. Rodrigo lo que obliga al general Marmont a replegarse hacia Salamanca con un ejército de unos 8000 hombres, será a parir de este momento cuando se inicie la demolición de importantes edificios eclesiásticos. Será a partir de estos momentos cuando Salamanca pasa a ser frente de batalla lo que provocará que lo que hoy conocemos como Vaguada de la Palma y sus alrededores desaparezca de cara a la fortificación de la ciudad en la margen del rio

Así a finales de enero de 1812 y tras la caída de C Rodrigo el 19 de enero los franceses empiezan de nuevo a reforzar todas las defensas y poco después, deciden ampliar significativamente el radio de destrucciones en torno al fuerte de S. Vicente, incluyendo numerosos edificios situados en la parte occidental del teso de las catedrales, en la otra margen del arroyo. Así, desde el 10 de marzo, sin previo aviso, comenzaron a demoler la obra nueva del hospicio, incluido el Colegio de la Magdalena, sin dar tiempo al director del mismo de buscar un local para instalar los talleres de las fábricas de lino y lana y a los 150 pobres recogidos en este establecimiento. A los tres días siguieron con el colegio de los Ángeles, el de San Juan, el convento de San Cayetano y parte del colegio del Rey.

La calidad artística de estos edificios difería considerablemente.

El que fuera Colegio de la Magdalena había sido renovado sustancialmente en la segunda mitad del siglo XVIII: Andrés García de Quiñones había proyectado un patio nuevo y posteriormente su hijo Jerónimo se ocupó de modernizar su fachada, derribando la vieja torre del palacio de los Figueroa y abriendo balcones.

El colegio de San Juan -antiguo colegio de San Patricio- debía ser una construcción digna, bien ejecutada, pero de escaso valor artístico, por lo que conocemos sobre, la distribución de sus dependencias, en una planta irregular, y la calidad de sus materiales -sillería y mampuesto de piedra franca-.

Tampoco presentaba demasiado interés el colegio de los Ángeles, si bien en la década de los ochenta su antiguo edificio había sido considerablemente ampliado, bajo la dirección de Jerónimo García de Quiñones.

El colegio del Rey, por el contrario, era, en opinión de Ponz, "de lo mejor" que había en Salamanca, "obra verdaderamente seria y majestuosa". Para su construcción dieron trazas Rodrigo Gil de Ontañón y Juan Gómez de Mora, concluyéndose su capilla en pleno barroco dieciochesco, como denotaba su decoración, en claro contraste con la sobriedad clasicista del patio.

Más modesto y de menores dimensiones, pero no exento de algún valor estético, era el convento de San Cayetano. Se había edificado completamente en la primera década del siglo XVIII bajo la dirección de Domingo Díez; lo más llamativo del conjunto era la espadaña campanario que remataba el pórtico de la iglesia, ornamentada con molduras

En el ámbito de San Cayetano quedaban todavía los restos de la antigua fortaleza medieval de San Juan del Alcázar, y para derruirla fueron necesarias doscientas libras de pólvora. Estos restos, situados a la misma altura que el fuerte de San Vicente, podían facilitar su conquista si los tomaba el enemigo, por ello casi inmediatamente empezaron a levantar otro recinto fortificado en las ruinas de San Cayetano, que sirviese de apoyo logístico al fuerte principal y controlase asimismo la entrada del puente. Los planos presentan además un segundo reducto, denominado de la Merced, del que nada dice Zaonero, lo que resulta extraño dado el carácter general de su escrito. Ahora bien, si nos atenemos a su localización, se encontraría no tanto sobre el solar del antiguo convento de la Merced, sino sobre parte del colegio del Rey o incluso, con más probabilidad, sobre terreno que había pertenecido también a San Cayetano, pues se sitúa a la izquierda del colegio del Rey y no a su derecha donde estaba la Merced. Hay que suponer por tanto que los dos reductos fortificados se levantaron en el entorno de San Cayetano, uno en las proximidades de la puerta de San Juan del Alcázar, casi sobre la peña Celestina, donde la antigua muralla formaba un ángulo, y otro en lo alto de la cuesta de los Milagros, frente al Colegio de Cuenca, y por ello Zaonero no establece una distinción.

Plano inglés de las defensas francesas en Junio de 1812

Durante los meses de abril, mayo y junio se trabajó con intensidad en estas nuevas fortificaciones, ante la alarma que provocó la noticia de la proximidad de las tropas inglesas a Ciudad Rodrigo. Se ocuparon en las obras más de seiscientos hombres, entre soldados, paisanos y aldeanos de los campos, que serían obligados a colaborar.

El llamado reducto de San Cayetano venía a ser un recinto rectangular de reducidas dimensiones construido con mampostería y reforzado en sus ángulos mediante baluartes, con mínimas condiciones de habitabilidad.

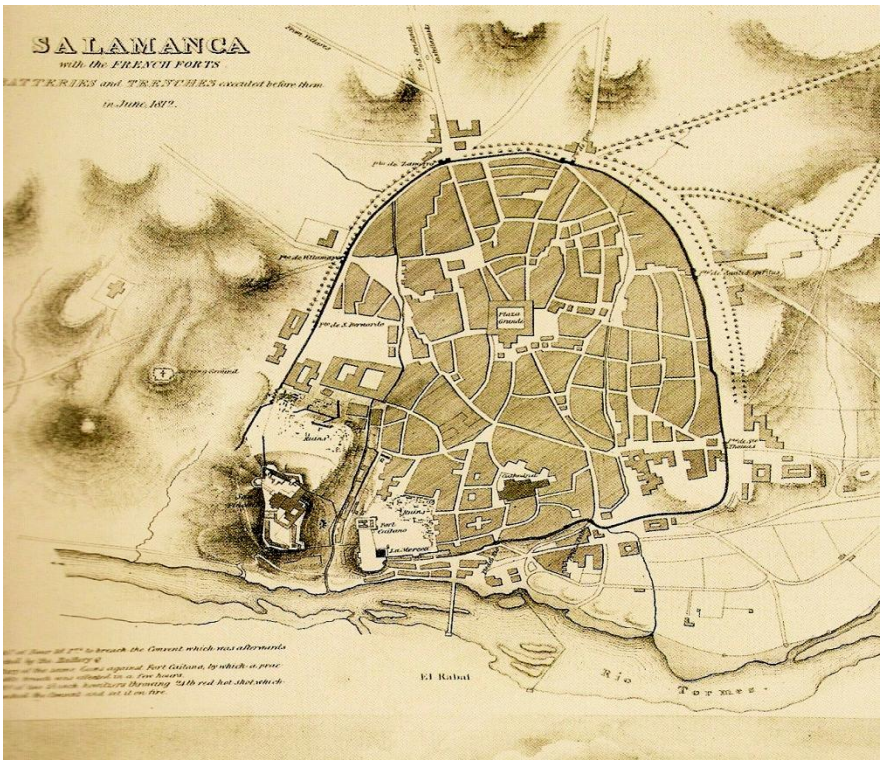
El denominado de la Merced era aún más pequeño y sin bastiones, quizá porque la precipitación de los acontecimientos no permitió su conclusión. A pesar de ello, y aunque no constituían ninguna obra maestra de ingeniería, las fortificaciones realizadas por los franceses en San Cayetano y en San Vicente resultaron mucho más resistentes de lo que a primera vista parecían.

Como sucedió en 1810, el proyecto de levantar estos dos nuevos fortines conlleva una amplia operación destructiva, con una repercusión urbanística aún mayor que la del fuerte de San Vicente,

acentuada no sólo por la densidad monumental de esta zona cercana a la Universidad, sino también por el excepcional valor arquitectónico de las obras. Sobresalían el Colegio de Cuenca, el citado del Rey y el convento San Agustín, edificados en el siglo XVI y recién concluidas sus reformas en el XVIII, especialmente el patio plateresco del primero, y la fachada del último.. Pero también eran dignos de consideración el Colegio de Oviedo, en especial su capilla barroca levantada por José y Joaquín de Churriguera, y la nueva iglesia de la Merced. Nada de ello importó a los militares franceses, que sólo vieron en estos edificios una cantera de materiales, un obstáculo a su estrategia defensiva.

De entrada habían previsto eliminar más de la mitad del vecindario de dos parroquias -San Blas y San Bartolomé-, las más cercanas a estas fortificaciones, que correrían la misma suerte que las casas de su feligresía. Así, el 24 de marzo de 1812, por orden del duque de Ragusa, el arquitecto municipal, Blas de Vegas, acompañado por el oficial de ingenieros P. de Fungol, habían procedido a reconocer y tasar las casas que serían derribadas, pues existía una promesa de indemnización a sus propietarios. Según esa tasa, se habrían destruido en esta ocasión por lo menos 172 casas, además de tres jardines, dos paneras, dos fábricas de cerería y diez corrales del arrabal de la Ribera con fábrica de curtidos, con lo que se infringió un grave daño a una de las industrias más importantes de Salamanca.

La medida afectó a muchos particulares e instituciones, pero sobre todo a la Clerecía, que tenía muchos inmuebles en la zona. Si tenemos en cuenta que en Salamanca había, según el Catastro de Ensenada, unas 3.000 casas, solamente con ocasión de las obras de fortificación y de una manera premeditada, **se destruyó casi el 7% de su caserío**



Plano de Salamanca en la época con las fortificaciones francesas

Con esta medida calles enteras dejaron de existir; se perdió la trayectoria de su trazado e incluso la memoria de su existencia, pues algunas de ellas ni siquiera aparecen con ese nombre en el Catastro de la Ensenada. Es el caso de las calles del Cerro, del Livio, de Cisqueros, del Lienzo, de la Carrera o

del Pozo Airón. El resto de las calles afectadas, algunas también desaparecidas, eran las de los Ángeles, Hornillos, plazuela de San Blas, Peñuelas de San Blas, Ronda del Arzobispo, plazuela de Juan de Ciudad, Empedrada, los Milagros, las Cruces, Valflorido, San Pedro, Cuesta de Oviedo, plazuela del Horno, las Mazas, la Longaniza, la Esgrima, la Sierpe y Rinconada de San Juan del Alcázar, todas ellas intramuros. En el exterior las casas derribadas estaban junto a esta misma puerta, y en las calles de la Ribera y de San Lorenzo.

Una vez eliminado el vecindario era más sencillo proseguir con las fábricas de las parroquias. El dos de **abril de 1812** se ordena trasladar todos los efectos de San Blas y de San Bartolomé a las parroquias de San Benito y San Sebastián, y los del Hospicio, que ya se había empezado a demoler, al convento de San Esteban. Inmediatamente se procede también a destruir por completo el antiguo colegio de la Magdalena y se dejan arruinadas las dos parroquias. En San Blas desmantelaron el tejado y quitaron puertas y ventanas; solo quedaron en pie las paredes

En abril de 1812 el intendente francés "Monsieur Patri" comunicaba a la Universidad que el Duque de Ragusa había decidido derribar el colegio Trilingüe y el de Cuenca, ambos de su propiedad. Los intentos por evitarlo fueron inútiles y lo único que consiguió aquella fue una promesa de indemnización similar a la acordada con los propietarios de las casas, en función de la tasación que efectuaría el Comandante Du Genie, director de los trabajos del fuerte. En el resto de los edificios actuaron con total libertad, pues habían pasado a ser bienes nacionales. El 11 de abril pusieron ocho minas de pólvora para derribar la capilla del Colegio del Rey. El 7 de mayo se dio orden de derrumbar el Trilingüe y el colegio de Cuenca. Unos días después, volarían los templos del convento de San Agustín y de la Merced Calzada, lo que hicieron también con minas. Y a finales del mismo mes de mayo abatieron con el mismo procedimiento la torre y capilla del colegio de Oviedo, aunque el duque de Ragusa quiso que se conservase el altar y las columnas. Por último, a comienzos de junio, para aislar completamente al fuerte, suprimieron el tramo de la muralla que se extendía desde el recinto de San Vicente a la puerta de San Bernardo, mientras el resto de las puertas permanecían cerradas.

Apenas dio tiempo a emplear parte de estos materiales y mucho menos a despejar el terreno que ocupaban algunos de esos edificios, pues el 16 de junio salían las tropas francesas dejando en el fuerte una pequeña guarnición e incendiando en su marcha el barrio de los Milagros Al día siguiente Wellington entra en Salamanca. Los salmantinos en un principio reciben con gran alegría a las tropas aliadas pero la ciudad se convirtió pocos días después en el escenario de un enfrentamiento directo entre las baterías francesas e inglesas, emplazadas en lo que había sido el jardín del colegio de Oviedo, en los restos de la obra nueva del Hospicio y en las galerías de San Bernardo. El bombardeo y la falta de socorro francés hicieron caer a los tres fuertes el día 27 de ese mes de junio.

Terminada en principio la presencia francesa, Wellington ordena retirar de los tres fuertes la pólvora, cartuchos y demás explosivos almacenándolos en una panera de la destruida calle Esgrima(ocuparía parte de la actual superficie ajardinada paralela a la actual calle Sierpes), para luego enviarla a los polvorines de C. Rodrigo. Esta situación va a provocar la última destrucción en esta zona de un modo fortuito. Así **el día 6 de julio** alrededor de las 7:30 de la mañana se produjo una gran deflagración que destruyó todos los explosivos acumulados a la vez que provocó la destrucción de casas cercanas y un importante número de bajas entre la población.

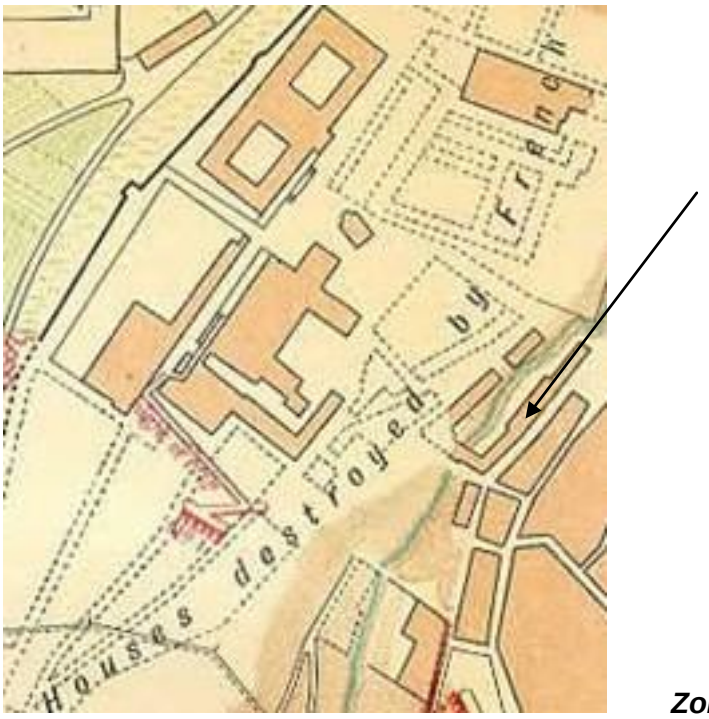
Tal fue el estruendo y el alcance de la granadas, que los salmantinos temieron que se trataba de la vuelta del enemigo. Las pocas casas que quedaban en las calles de la Sierpe, de la Esgrima y de los Moros(actual Cervantes), después del derribo de los franceses, se desplomaron sepultando a sus

moradores, y en un amplio radio raro sería el edificio intacto. Una monja carmelita describe con gran expresividad la angustia del momento y el estado en que quedó su convento, situado a cierta distancia de esa calle

"... pereció mucha gente, pues arruinó muchos edificios, casas enteras, por lo que en muchos días no se oía más que lamentos... Las gentes de la ciudad, creyendo se les caían las casas, se salían al campo y en muchos días estuvieron desenterrando gentes, pues algunas se les oían gritar, unas no las podían socorrer aunque muchas sacaron debajo de tierra con vida".

En el convento señala que entró como "una manta de fuego" ... que "anduvo toda la casa y quebró todas las vidrieras del refectorio y el claustro..., quebró las puertas o batidores de la reja de la iglesia..., las del arco, las de la iglesia, sacristía, todas las hizo mil miajas..., arrancó picaportes de las puertas de los tránsitos y pasó por las celdas y haciendo miajas algunos encerados...; toda la casa quedó muy destrozada: las paredes, la portería, la puerta del torno la levantó, los batidores del locutorio y las paredes, muchas abiertas, y los tejados, por lo que una pared de la media naranja se arruinó".

Algunas narraciones señalan como hasta en la cúpula de la Purísima aparecieron restos de animales. La explosión destruyó aún mas una zona que como hemos visto a lo largo de estas líneas había sufrido grandes destrozos. Según distintas fuentes, hubo 100 muertos y numerosos heridos, siendo enterrados muchos en el suelo de la destrozada iglesia de S. Blas que aún permanecería en pié



Zona de la calle Esgrima, donde se produciría** la **explosión, En la parte superior situación del convento de donde describe la monja la explosión

Las calles de la Esgrima y La Sierpes entre la estatua actual de Rafael Farina y la calle Cervantes desaparecerían, aunque como se muestra en el plano inferior de los años 30 volverían a reedificarse y la panera que aparece en el plano bien pudiera haber sido el lugar concreto de la explosión más de 100 años antes

Pocos días después entre el 22 y 23 de julio, tendría lugar el enfrentamiento entre franceses y aliados en Los Arapiles de lo que pronto celebraremos el Bicentenario. Teniendo en cuenta el comportamiento de los soldados ingleses tras la toma de Ciudad Rodrigo, hay que pensar que su estancia en Salamanca entre julio y noviembre de 1812 no haría más que completar los destrozos causados por los franceses en los conventos habilitados como cuarteles. Sirva de muestra su proceder en el convento de las Bernardas: tras la batalla de Arapiles establecieron su hospital en el claustro y antes de abandonar la ciudad prendieron fuego al monasterio dejándolo en ruinas.

El 8 de Noviembre de 1812 y ante la presión francesa se produce el repliegue del ejército aliado que con más de 70.000 hombres pasa por Salamanca, camino de C. Rodrigo y de Portugal. El día 15 y pisando los talones al ejército de Wellington entran los franceses de nuevo en Salamanca, continuando los pillajes, destrozos y voladuras comandados por Soult, pero una gran parte de las unidades se dirigen hacia la frontera portuguesa tras los aliados. Aunque en esos días el rey José I entra también en Salamanca donde residirá una semana saliendo posteriormente para Madrid. En estos días, los franceses dueños de la situación forzaron el abandono de numerosos conventos por no pagar las cargas impositivas impuestas por los franceses

Salamanca no se verá libre de la ocupación francesa hasta seis meses después, **en mayo de 1813**, pero la normalidad tardará todavía en restablecerse. Será a finales de ese mes de 1813 cuando Wellington desde La Fregeneda, vuelva a pasar a nuestra provincia y llegue posteriormente a la capital Para entonces cambios irreversibles se habían producido en la ciudad, empezando por su propia fisonomía con pérdidas irreemplazables

Terminaban así cinco años de continuas idas y venidas, de la soldadesca de uno u otro uniforme. En este periodo Salamanca, será una ciudad expoliada(en su versión de la Real Academia de despojada

con violencia o inquinidad) destruida, con una pérdida importante de su valor patrimonial, lo cual es extensible a la mayor parte de la provincia

Vista de Salamanca a fines de los años 50 desde la parte superior de la actual cuesta de la Independencia

En cuanto al balance de todas estas ocupaciones, saqueos, pillajes etc. Podemos hablar de la destrucción de casi 30 edificios públicos de carácter religioso y civil junto a la destrucción de un millar de casas. Quedando destruidas numerosas manzanas del actual casco viejo salmantino, desde la zona del actual Colegio Maestro Ávila hasta la zona de la Latina, y desde el perímetro de la muralla que daba al rio hasta la zona de la Purísima y Monterrey. Sin olvidarnos de las numerosas destrucciones de casas en la zona extramuros de la ciudad, situadas fundamentalmente en lo conocido como arrabal del puente a un lado y otro del rio. De igual manera, quedaron numerosos pueblos, aldeas y fincas por donde pasaban las tropas. Quedan destruidos importantes conventos como los de S. Vicente, S. Cayetano, S. Agustín, La Merced y S. Francisco, junto a los Colegios Mayores de Cuenca, Oviedo, Trilingüe y del Rey. A la vez que quedaron arrasadas calles como la Larga, Los Ángeles, Sta. Ana, Esgrima, Sierpes etc.

De todos estos acontecimientos que acabo de señalar, la mayor parte de los salmantinos desconocen la magnitud del expolio y destrucción. Espero haber ayudado en estas líneas al conocimiento de estos cinco años para nuestra ciudad. Actualmente hay calles que nos recuerdan algunos de los edificios que desaparecieron en esta época, caso de la Calle Trilingüe, la Cuesta de Oviedo, Cuesta de la Independencia, Plaza de la Merced y por supuesto S. Vicente con el Paseo de S. Vicente(ronda de hospitales),Corralón de S. Vicente. Cuesta de S. Vicente y actualmente en el cerro, el Centro

Arqueológico del Cerro de San Vicente que se convertirá en una nueva parada obligatoria para los turistas. Allí, sobre una loma que domina el río Tormes y que ya describimos se encuentra a medio finalizar el Museo de la Historia de la Ciudad de Salamanca. Su apertura ha quedado suspendida en los últimos meses .Su definitiva apertura debería ser un símbolo de reconocimiento para los miles de salmantinos que vivieron esos cinco años con gran inquietud y peligros. Espero que la nueva corporación saliente de las elecciones de mayo de 2011, retome este tema

Emilio Martin Serna